

MADRID LITERARIO.

PERIÓDICO SEMANAL.

PRECIOS DE SUSCRICION.

MADRID, un mes.....	Un real.
PROVINCIAS, trimestre adelantado.....	5
EXTRANJERO Y ULTRAMAR, semestre.....	40

SE PUBLICA TODOS LOS DOMINGOS.

REDACCION Y ADMINISTRACION,
Calle de Lavapiés, número 11.

SUSCRICION Y VENTA.

Un número, DOS CUARTOS.—Números atrasados, UN REAL.
Se suscribe en la Administracion.
Anuncios, á precios convencionales.

COLABORADORES.

Aguilera.....	D. Alberto	Castelar.....	D. Emilio	Gutierrez Abascal...	D. José	Navarro y Calvo....	D. Luis	Retes.....	D. Francisco Luis de
Avila y Alarcon....	José	Curros.....	Manuel	Hartzenbusch.....	Juan Eugenio	Núñez de Arce.....	Gaspar	Ramos Carrion....	Miguel
Aguirre.....	Joaquin	Canalejas.....	Francisco de Paula	Malats.....	Adolfo	Pascual.....	Agustin	Sanchez Perez....	Antonio
Alarcon.....	Pedro A. de	Campo-Arana.....	José	Mellado.....	Andrés	Perez Echevarria..	Francisco	Sanchez Ramon...	Antonio
B. Quintian.....	Eduardo	Carrillo de Albornoz.	Leopoldo	Martinez de Velasco.	Eusebio	Pacheco.....	Francisco de Asis	Soriano de Castro..	José
Balart.....	Federico	Campoamor.....	Ramon	Moraya.....	Miguel	Peña y Goñi.....	Antonio	Sepúlveda.....	Ricardo
Balaguer.....	Victor	Escosura.....	Patricio de la	Morán.....	Valentin	R. de Chaves.....	Angel	Tejada.....	Ezequiel
Coello.....	Carlos	Figueras de la Costa..	Santiago	Neira.....	Angel	Ruigomez.....	Andrés	Villaverde.....	Enrique
Córtés.....	Baron de	García Ladevese....	Ernesto	Navarrete.....	Ramon	Ramsault.....	El Conde Carlos de	Valera.....	Juan

SUMARIO.

Advertencia.—España, durante el dominio de la casa de Austria, por D. Ricardo Frago. —El epigrama, por D. J. G. Abascal.—El olvido, por D. Demetrio Curiel y Castro.—Personalidad, por D. Luis Fernandez Vior.—Los pies, por D. Carlos Cambrero.—El Tribuno, por D. V. de la Cruz.—Noticias bibliográficas, por D. José Miralles y Gonzalez.—Párrafos sueltos, por Pp.—Charada.—Advertencia.—Anuncios.

Con este número dejamos de remitir el periódico á los suscritores de provincias que todavía no hayan hecho efectivo el importe de su suscripción.

Puede hacerse el pago en la forma acostumbrada.

ESPAÑA DURANTE EL DOMINIO DE LA CASA DE AUSTRIA.

APUNTES HISTÓRICOS.

No se hallará en la historia de nuestra patria un período de mayor trascendencia que el comprendido en los siglos XVI y XVII; durante ellos, y por el enlace de D. Felipe, príncipe alemán, con doña Juana, princesa de Castilla, una casa de extranjero origen, de raras costumbres para los españoles, de ideas diversas que las que éstos sustentaban y con nuevos principios sobre la constitucion de los pueblos, asienta su dominio en nuestro suelo, cuando apenas, gracias á la política de D. Fernando y de doña Isabel, la unidad nacional se habia realizado, y las tropas castellanas y aragonesas echaban los cimientos de nuestro poder en Italia, amenazando asentarse en el resto de la Europa. Verdad es que la importancia de este período se debe, no solo á los sucesos que acaecieron en España, sino á los que se habian realizado en el resto del mundo y á los que estaban próximos á verificarse. La humanidad dejaba los ásperos y oscuros senderos de la Edad Media, para entrar en otros de camino fácil y más llano, aunque no dejaban de atravesarlos obstáculos que parecian insuperables y cuyo vencimiento costó rios de sangre y el poder á muchas naciones del continente, porque al salvarlos dejaron en ellos presa su grandeza. La toma de Constantinopla por los turcos á los comienzos de la segunda mitad del siglo XV, desparramando por Europa la literatura y el arte bizantino, el descubrimiento de la imprenta viniendo á dar alas al pensamiento, fijeza á las palabras y larga vida á las ideas, el de la América marcando un nuevo progreso y distinto rumbo á la navegacion, al comercio, á la industria, á la geografía y á las ciencias físicas y astronómicas, y la desaparicion del sistema municipal, el aniquilamiento completo como cuerpo político de la nobleza, la venida del poder absoluto de los reyes, señalan otra vida á los pueblos civilizados, haciendo más ancho el teatro del mundo y presentando mayor espacio á la actividad y á la inteligencia humanas, que producen una revolucion completa en el orden social; revolucion en la que no faltaron luchas religiosas entre la fe y la razon, porque la reforma de Lutero tomó cuerpo años despues y produjo torrentes de sangre, armó á todos los individuos, varió el mapa de la Europa y aceptando fines políticos, humilló á unos reyes mientras engrandeció á otros, y dió origen á

la libertad del pensamiento que, como sabemos, engendró luego la filosofía del siglo XVIII y más tarde el movimiento de 1789, que no ha concluido en nuestros tiempos.

Las ideas salvan los valles inexpugnables que habian puesto entre pueblo y pueblo la ignorancia y la supersticion, los ramos del saber no son ya del disfrute de una sola ciudad ó de un solo país, y ávidos de conocimientos aquellos, entre el estruendo de las batallas y la algazara de los campamentos, entre la muerte y desolacion que las guerras llevan tras de sí á guisa de funébre acompañantes, admiran con igual entusiasmo las producciones de los principales escritores de España, Italia, Francia é Inglaterra que, ora haciéndose intérpretes del sentimiento guerrero de la época, cantan las heroicas hazañas de sus ascendientes y contemporáneos, ora con acentos melancólicos expresan las dulzuras de la vida del campo, las bellezas del amor sencillo y puro, y la sublime contemplacion de una vida dedicada á Dios y á los gozes del espíritu, y ora retratan la sociedad en que viven lamentándose de sus males y pintando sus defectos con alegre acento que deleita el ánimo.

Las bellas artes remontan su vuelo y adquieren tal lozania y engrandecimiento, que la Basílica de San Pedro en Roma y el Monasterio de San Lorenzo en España, las concepciones de pintores tan afamados como Rafael, Jordan, Velazquez y Murillo, y otra multitud brillante de italianos, españoles, flamencos, alemanes y holandeses, fueron el ornato de aquella época y la admiracion de la presente, que contempla entusiasmada en los templos y en los palacios obras adornadas del arte, que han dado la inmortalidad á sus esclarecidos autores.

Las guerras, que con un fin político y religioso, se verificaron en estos dos siglos, llevando ocultas un objeto social, prestan á los pueblos fuerzas hasta entonces desconocidas, suministran á los reyes medios que aun no se habian puesto en práctica, facilitan de tal manera las comunicaciones que la civilizacion y el modo de ser de una raza influyen sobre manera en las otras, y las obras de cada una dejan entrever el predominio que una educacion más general ejerce en el individuo, escitándole á la defensa de intereses que no son ya los de un pueblo ni los de un país, sino los de la humanidad entera. No se lucha por la vida de una nacion, sino que, al defender el catolicismo ó la secta de los protestantes, los combatientes pelean por el bienestar de todos que hacen consistir en la práctica de sus ideas y de sus sistemas. Parecen aquellas guerras, las guerras de cruzados en las que se combatia por la conquista de intereses permanentes y universales.

Ahora bien; en la historia, como en filosofía y en política, la parcialidad nacida del espíritu de partido viene á desfigurar muchas veces los sucesos, y siempre á darles causas distintas y á suponerles hasta resultados contrarios cuando las escuelas que han acudido á ella en busca de armas para combatir á su adversario, defienden opuestos principios. Y como anatematizar el pasado es un medio poderoso muy corriente para combatir los autores modernos las teorías de los que sostienen añejas ideas, hé aquí que en nuestros tiempos la crítica se ha ensañado al hacer la de aquellos, presentándonos la gloria de nuestras armas y las conquistas que fueron admiracion del mundo como lucida vestidura que

oculta las deformidades y vicios de la constitucion de España, regida por una dinastía defensora de intereses extranjeros.

Ricardo Frago.

(Continuará.)

EL EPIGRAMA.

Emplea la sociedad para castigar ciertas faltas, una pena que ningun Código señala, que ningun tribunal impone; pero que sin embargo es más temida por el hombre que la atemorizadora é inflexible espada de la justicia.

Expresó este pensamiento en buen latin el celebrado Iriarte, y tanto por venir como de molde á mi propósito, como para darme aires de erudito, cosa que siempre conviene y que puede ponerme en camino de ocupar un sitio al lado de Cañete, hé de repetir aquí el epigrama 136:

*Maximus est morum censor, nel iudice risur.
Morum (quis credat?) plus Joven pallet homo*

Y es cierto, la despreocupacion, moneda tan corriente en todos todos tiempos, que no ha de imitar á ningun redactor del *Siglo Futuro* ó de *La Esparña*, denigrando los presentes para ensalzar los antiguos; la despreocupacion lleva á veces al hombre á cometer imperdonables faltas, á violar sagradas leyes y á desatender respetables costumbres, pero de seguro hay muy pocos que se atrevan á arrostrar el ridículo, que es el supremo y terrible castigo á que se referia el renombrado autor antes citado al decir que era el mejor censor la risa y más temible el festivo Momo que el tremebundo Jove.

Poned á muchos delante de inflexible tribunal compuesto de graves y ceñudos magistrados revestidos de severa toga y de todos los aparatos más adecuados para infundir temor y mover á respeto, y los veréis impasibles y serenos; pero trasladados á bien alumbrada sala y ponedes delante de animado grupo de delicadas damas que despliegan sus labios con burlonas sonrisas y se hablen misteriosamente al oido, al tiempo que le miran de reojo, y notareis en seguida que da al traste con su serenidad, temiéndose blanco del ridículo.

«Mas que á las lanzas de los moros, temo (es fama que decia el santo rey Don Fernando III), á las murmuraciones de las viejas de mis tierras de Castilla.» Y si este temor abrigaba quien al ser arrebatado por la muerte del trono, fué elevado por su virtud á los altares, figúrese qué efecto no han de hacer lo que el santo rey llamaba hablillas, en los que no tienen méritos para aspirar á la honra que ahora prepara el Vaticano al descubridor de América, y no sé si tambien á su egregia protectora.

La forma más general de usar la censura social de que se viene hablando, es indudablemente el epigrama, instrumento sutil, pero terrible, que causa la mayor parte de las veces más daño que la imprecacion ó el anatema más formidables, y que es más temible para el que es objeto de burla que la excomunion para un cristiano.

Y cuenta que del epigrama sencillo á la intencionada sátira hay tanta diferencia como del punzante aguljon de la abeja, á la emponzoñada mordedura de la serpiente.

Unidad, agudeza, chiste y correccion exigen los preceptistas al epigrama; y cuando de estos límites no sale, sirve de solaz y escita la risa; pero es muy difícil detenerle en estos límites y que no lleve á los de la murmuracion para penetrar en el terreno de la injuria, donde hasta la calumnia es

buena si conduce á mortificar, humillar ó perder á quien se dirige.

España es la nacion prototipo del epigrama; hay en nuestra imaginacion y en nuestro corazon meridionales, llama inextinguible que ni la desgracia agota, ni la edad extingue: que ni la injusticia ahoga, ni la intolerancia disipa, y que solo puede enfriar el helado soplo del último suspiro. Ella nos hace tomar bajo festivo aspecto, aun los trances más duros de la suerte, y ha producido ricos y sabrosos frutos literarios.

Visitando no há mucho con un distinguido abogado que se ocupa especialmente en trabajos penitenciarios, los tristes é insalubres calabozos de nuestra cárcel de Villa, que bien merece la cruzada que para su mejora han emprendido, con laudable éxito, por fortuna, el eminente orador Sr. Silvela en el Parlamento, y el infatigable Sr. Lastres en la prensa. VÍ, no sin asombro, emborrondadas con caricaturas, las paredes, en las que abundan escritos de grosera forma, y no mucho mejor fondo, pero que expresaban todos alguna idea epigramática. ¡Parece imposible que en aquella tristísima mansion pueda estar dispuesto el espíritu para ninguna idea risueña.

No hay más que examinar atentamente la vida de nuestro pueblo, seguirle en sus alegrías y sus tristezas, y se recogerá gran cosecha de agudos é intencionados dichos, de peregrinas ocurrencias, expresados en refranes, cantares ó romances, y la mayor parte de las veces en la conversacion vulgar y ordinaria. Provincias hay donde el epigrama es la forma más usual de expresarse. ¡Quién, que haya visitado los risueños campos de la fértil Andalucía en esta época en que se recoge el sazonado fruto de la sabrosa viña, no recuerda las veladas en que, divididos en grupos los vendimiadores, improvisan coplas en que unos y otros se contestan, coplas debidas á la inspiracion del momento, y que se olvidan cuando se pierde en el eco su última cadencia; pero que están siempre llenas de sal y causticismo, que no tienen nada de vulgaridad y grosería?

Y no es solo en las provincias meridionales. Ocultos en las montañas del Norte existen pueblos poco conocidos generalmente del resto de la nacion, de la que por malísimos medios de comunicacion se hallan como aislados, y que tienen en sus tradiciones populares dichos y sentencias notabilísimos. El valle de Pas es uno de estos pueblos: allí, como en Andalucía, el epigrama, si no tan ligero y tan salado, permitase la expresion, más virilmente intencionado, es forma usual y corriente de expresarse. Y sobre poco más ó menos lo mismo sucede en todas las comarcas de España.

II.

En cuanto al epigrama literario, escrito le hallamos en el siglo XV (1), cuando aún no estaba fijada la rítmica, ni siquiera bien madura la lengua. Aquel Anton Montoro, más conocido por el Ropero de Córdoba, que quiso buscar sustento con las producciones de su ingénuo, encontrando el amargo desengaño de que le producía más su oficio de sastre, se expresa así al abandonar la pluma que no daba buena renta en aquellos tiempos, que en algo se parecen en esto á los presentes:

Pues non cresce mi caudal
El trovar, nin dá más puja,
Adorámoste, dedal,
Gracias te hayamos, ahuja.

(1) Seguimos en esta parte los profundos y apreciables trabajos del erudito D. Francisco Cutanda, de tan feliz memoria para las letras, por sus notables estudios filológicos.

Era de origen judaico, como muchos hombres de ingenio que nos robó deplorable y funesta intranquencia, el buen Anton Montoro, y tenia que sufrir muchas injurias y sostener pendeencias; aunque como hombre de letras y pacifico la recomendará á su ingenio más que á la fuerza.

Véase el epigrama dedicado al rey de armas, Toledo, uno de sus encarnizados enemigos algo aficionado al zumo de la vida.

Vos, en quien todo bien cabe
De la discrecion trasunta,
Non vos pese mi pregunta;
Que quien más anda más sabe:
Declaradme por compás
Una dubda que no sé:
¿Cuál quisierades vos más?
¿Que se perdiera la fé
O la planta de Noé?

Del mismo Ronero de Córdoba, de Sebastian de Orozco y de otros muchos escritores no tan conocidos como Alcázar, Rebolledo, Esquilache, Salas de Barbadillo, Polo y Sabinas que son en nuestra literatura los príncipes del epigrama, podríamos citar, si al deso no pusiera límite el temor de hacer demasiado largo este artículo, modelos de este género de composición, que prueban que es tan antigua en España como los primeros monumentos de nuestra sin igual literatura.

El gran escollo del epigrama, es que cae bien pronto en la sátira, y que puede encerrar algo de injuria ó de maledicencia, y esto sucede siempre que degenera.

En los autores antes citados, como príncipes del epigrama, nunca se ve este género. Como uno de los más graves de Alcázar señala un crítico éste, que no es sino inofensivo, comparado con otros que despues se publicaron.

Entraron en una danza
Doña Constanza y don Juan;
Cayó danzando el galán
Pero no doña Constanza.
De la gente cortesana
Que lo vió, quedó juzgado
Que don Juan era pesado,
Doña Constanza liviana.

También se señala como grave este de Rebolledo:

Tus ruegos se lograrán
Clori, sin cuidado tanto,
si lo que pides al santo
pidieras al sacristán.

De seguro que no hay entre los lectores quien no le crea inocente.

III

Uno de los ingenios de nuestro siglo de oro más conocido quizá por su novelesca vida y trágico muerte que por sus obras, puede servir de ejemplo para probar la diferencia que existe entre el buen epigrama, ó la injuria revisiendo esta forma. Nos referimos al Sr. D. Juan de Tarsis, segundo conde de Villamediana, correo mayor del rey D. Felipe IV, de tan feliz memoria en los áneos literarios como de triste recuerdo en la historia política de nuestra patria.

Jóven, galán, decididor y enamorado, el conde distingúlose por sus epigramáticos y mordaces dichos que le hicieron célebre y terrible en las gradas de San Felipe y en todos los asuntos de la corte, y que no contribuyeron poco, sin duda alguna, al crimen que le quitó la vida.

Alguno de los epigramas del infortunado conde no salieron del terreno de lo licito y se publicaron enseguida. Otros permanecen todavía inéditos (1). Pueden citarse entre los primeros el dirigido al conde de Salazar personaje de fealdad subida.

Al de Salazar ayer
mirarse al espejo ví
perdiéndose el miedo á sí,
para mirar su mujer.

No nos parecerá á nosotros demasiado mordaz esto; pues todos conocemos á un personaje político de gran talento, á quien la prensa y los escritores satíricos han hecho tan famoso por la escasa belleza de su rostro, como célebre han hecho al señor Candau sus frases.

Tampoco es muy cruel ni sangriento este:

Jura D. Juan por su vida
que nunca cena en su casa,
y es que sin cenar se pasa
cuando otro no le convida.

Ni aquél otro que aun pudiera tener aplicación en nuestros días, si verde alfombra de fresca yerba tapizase el suelo del Prado.

Llego á Madrid y no conozco el Prado;
y no le desconozco por olvido,
sino porque me consta que es pisado
por muchos que debiera ser pacido.

(1) El venerable maestro D. Juan Eugenio Hartzenbusch, ha hecho un estudio concienzudo y erudito, como todas las suyas, de las obras de Villamediana.

Pero de estos son pocos los epigramas del conde y escribió muchos más que pueden pasar por libres donde la injuria hace las veces de chiste.

Dígalo si no el tan conocido que dice:

¡Qué galán que entró Verjer
con cintillo de diamantes,
diamantes que fueron antes
de amantes de su mujer!

Cuarteta que ha hecho pasar á la historia no sé si con mucha justicia al alguacil de casa y corte don Pedro Verjer con no muy favorables condiciones, como presenta sin razón á Córdoba en la descripción siguiente:

Gran plaza, angostas calles, muchas callos,
Obispo rico, pobres mercaderes,
Buenos caballos para ser mujeres,
Buenas mujeres para ser caballos.

Si cruel, poco galante é injusto estuvo Villamediana cuando habló de Córdoba, aun hace más alarde de injuria al hablar de Sigüenza; dice así:

Llegué, leguas caminadas
Por dar descanso á mis plantas
Al lugar de menos santas,
Y de más canonizadas.

A los jueces que le dieron sentencia contraria en un pleito les dijo:

Para mi condenacion
Votaron un pleito mio
Un borracho y un judío
Un c.... y un ladrón.

Aquí la sal no existe y se ve solo el insulto, no siendo admisible el epigrama.

Acabó mal quien tan mal hablaba, y muchos de los epigramas que por vía de epíteto le dedicaron los poetas contemporáneos suyos, podían también citarse como faltos de justicia, y demasiado poco respetuosos con la desgracia.

Quevedo, tratándole cruelmente, vengó las injurias que el Conde había dirigido al Duque de Osuna, y todos dieron pruebas de las pocas simpatías que se ganaban tomando por costumbre hablar mal del prójimo y haciendo profesion del chiste; pues pocos dejan de usarla si le creen bueno, aunque tenga el inconveniente de dañar una reputación ó perjudicar una honra.

La Reina doña Isabel de Borbon, esposa de Felipe IV, ha llegado á nosotros con la fama de amante de Villamediana, y ha demostrado un erudito maestro (D. Juan Eugenio Hartzenbusch en el estudio antes citado) y lo ha demostrado con datos irrecusables, que esta fama es injusta, como ha demostrado Gregorius (1) que es injusta lo que de consuno la tradición, la música y la poesía, y aun la historia dicen de Lucrecia Borgia, cuya mala nota empezaron á fundar murmuradores de su tiempo, y cuyas cualidades se han negado despues.

Sin tratar de averiguar ahora lo que en esto de Lucrecia Borgia haya de verdad, que no es del asunto, hemos de reconocer que la exageracion puede ser grande; pues si á una reina como nuestra doña Isabel I ha habido escritor (2) que ha negado sus talentos y virtudes, ¿con cuánto más motivo no puede calumniarse á la célebre duquesa de Ferrara?

IV

La riqueza del asunto nos ha apartado algo del principal objeto de estas líneas, que no era otro que probar que el epigrama es uno de los mejores censores de las costumbres, que entre nosotros el epigrama es condicion del pueblo y ornato de la literatura; pero que es reprehensible y censurable siempre que traspasa sus naturales límites de ingenio, gracia y sal, para convertirse en mordaz injuria y vituperable calumnia.

Concluiremos, pues, con estos cuatro versos del Sr. Hartzenbusch.

Si al prójimo ha de ofender
Tilde poniendo en su fama,
Solo es bueno el epigrama
Que se queda por hacer.

J. G. Abascal.

EL OLVIDO.

Si es que de tu alma en el oculto arcano
Bullir sentiste inspiracion ignota,
Cuando una flor en su verdor lozano
Te dió la esencia que su cáliz brota,
Y arrancadas un día por tu mano
Dispersas ves en la region remota
Volar sus hojas, ¡ay! ¡dímelo, di!...
¡Tendrás pesar!... ¡Te acordarás de mí!

(1) Véanse el notable artículo de D. Rafael Montoro publicado en el número 1.º de la justamente celebrada *Revista Contemporánea*, que da á conocer la obra del historiador alemán.

(2) El alemán G. A. Bergenroth en su libro *Supplement to volumen I and volume II of letters despatches and State Papers etc.* Lóndres, 1863.

Quando á la sombra del verdoso sáuce
Al murmullo te duermas arrullada
Del cristalino arroyo al pié del cáuce
En un lecho de flores reclínada;
Si un ¡ay! vagase en la region callada,
¡Ay! que no envuelva de la humana fáuce
Impuro aliento, porque ese ¡ay! no toca
Al arrojarse el alma, ni en la boca;

Y al ir buscando su perdido dueño
Cruzando un mundo y otro mundo aprisa
A despertarte del tranquilo sueño
A ti llegara en la corriente brisa;
Y allí en tus lábios al tocar, risueño
Un beso sella, y por la boca incisa
El ¡ay! penetra hasta tu alma... ¡di!...
¡Tendrás pesar!... ¡Te acordarás de mí!

Si la fortuna, para otro impía,
Tu dulce vida en revestir se afana
De mil placeres y de pompa vana,
Y tú entre el son de la mundana orgía
Escucharas el son de una campana
Tañido triste que á la tumba guía
Los restos de un mortal, muerto por ti...
¡Tendrás pesar!... ¡Te acordarás de mí!

Y si otro día en el vergel florido,
Corriendo en pós de tu ventura loca,
Detiene el paso de tu ser perdido
Salvaje y ruda la musguienta roca,
Que en caracteres toscos esculpido
En brazos de una cruz mi nombre invoca,
¡Serás más dura que la roca... ¡di!...
¡Tendrás pesar!... ¡Te acordarás de mí!

Y si inconstante la fortuna tuerce
De ti el favor, y si el pesar mancilla
Tu alma entonces, y el dolor te ofrece
Lágrima triste que en tus ojos brilla,
Que no hay quien quiera recogerla, y crece
En mi tumba la flor, mustia, amarilla,
Que el riego ansia de tu llanto... ¡di!...
¡Tampoco aún te acordarás de mí!

Mas, si aun creciendo tu dolor pretende
Hallar en vano en el dolor consuelo,
Porque en el mundo que tu planta hiende
Se desprecia el dolor, y en ráudo vuelo
Miras entonces que hacia ti descende
Abandonando la mansion del cielo
Para llorar contigo un alma... ¡di!...
¡Entonces tú te acordarás de mí!

Pero ¡ay! ¡fatal pronóstico! adivino
De tu dolor por mi cariño santo.
Más grande que el rigor de tu destino,
De tus ojos al fin secó ya el llanto.
Te acoge el mundo... brindate el camino
De nuevas dichas... y olvidando en tanto
Que abandoné por ti el cielo eterno...
Me empujará tu olvido... en el infierno.

Demetrio Curiel de Castro.

Madrid, Setiembre 1876.

PERSONALIDAD.

Hay siempre en nuestra mísera y fugaz existencia un conjunto de recuerdos, un manantial de sentimientos, capaz de hacernos encontrar algun encanto en la vida; capaz de hacernos comprender que hay algo en nosotros por lo que consagramos profundo agradecimiento á quien nos dió el ser y por lo que sentimos legítimo orgullo.

El día que palpité nuestro corazón con la primavera; la primera melancólica tarde que arrancó una lágrima á los ojos; la noche en que el centelleo de una estrella hizo brotar un pensamiento, que nos elevó hasta ella; la mirada de una mujer que nos proporcionó en un minuto un siglo de ventura, nos recuerdos que guarda nuestra alma con amor eterno; y de la vida del alma es de la que nos sentimos orgullosos, sin que este orgullo nos avergüence nunca como el cifrado en humanas glorias.

Se dirá tal vez que en ciertas ocasiones no existe ese cariño á nuestras cualidades morales, á nuestras acciones honradas, y que hay momentos en que el hombre se desprecia á sí mismo. Y sin embargo, el que más se desprecia es el que más se eleva, el que se encuentra más pequeño, más se engrandece; porque se encuentra pequeño y se desprecia en nombre de un don superior que le hace ver las miserias á que está sujeta su naturaleza, inspirándole deseos de alcanzar la perfeccion á que su alma tiene derecho.

Si no hubiera otras razones que oponer al materialismo; si no hubiera otras ideas con que combatir á los modernos epicúreos; si no hubiera otros fenómenos con que evidenciar la existencia del alma, el solo hecho, innegable, de la personalidad humana, bastaría á revelar su existencia, y á demostrar los absurdos de esa filosofía odiosa, que solo ejercen los hombres en el terreno de la teoría, y que niega todo lo que no se ve materialmente, como si fuera preciso que el

ciego hubiera visto alguna vez á su madre para saber que existe y adorarla.

Todos los seres tienen conciencia de su personalidad; todos poseen la evidencia de que son distintos unos de otros, y los únicos responsables de sus actos.

Inútiles es que pretendan algunos negar lo que está en el alma, á fuerza de verbosidad, y que otros empleen extraños silogismos, que sirven más para oscurecer que para hacer que brillen las ideas. El hombre sabe que tiene alma por que ama; y ama, por que tiene personalidad.

Quitad al ser humano ese instinto poderoso que le hace comprender que tiene su vida propia, sus ideas y sus sentimientos, que con nadie querría cambiar, y le envolvereis en un sudario eterno.

Sin personalidad, ¿qué delito sería suficiente á hacerle enrojecer de vergüenza? ¿Que idea á dirigirle, ni que acción á conmovelerle? Afortunadamente, donde no bastan las deducciones, está la evidencia, y donde los hombres no ven más que sombras, penetra de lleno la luz del sol, que no por ser desconocido en su esencia deja de disipar las tinieblas.

El hombre que cambiaría su fisonomía, su posición y su fortuna, no cambiaría jamás su personalidad con el rey más poderoso de la tierra: ni teme perderla, porque todos adivinan que llevan dentro de sí algo que es inmortal.

El suicida no realiza su loco proyecto para perder su personalidad, sino para destruir con su vida las luchas y miserias que la acompañan. Como el corazón débil y cobarde, huye de un precipicio para caer en otro mayor. Si el delirio no le impidiera pensar, comprendería seguramente que no logrará destruirse y que va á unir á sus tormentos y desgracias el enorme peso de su falta.

Cuanto más perfeccionado se encuentra un espíritu, más ama y reconoce la unidad indestructible que le constituye, y que le distingue de los demás.

Ese miasma de la tierra que se llama envidia, no llega nunca hasta ambicionar ajenos pensamientos. Dios no permite que un alma tenga envidia de otra alma. Se deseará tener el génio de tal ó cual hombre ilustre, por gozar de la efímera satisfacción de su gloria, por escuchar continuas alabanzas y por saber que nuestro nombre no ha de quedar olvidado entre la maleza del cementerio, por causas mundanas solamente; pero en la esfera espiritual nadie ambiciona una transformación que aniquilaría su existencia.

¿Quién no ha deseado alguna vez poseer el génio gigantesco de Shakspeare, sentir los embriagadores ensueños de Ossian, y cantar con la sublime ternura de Espronceda? ¿Quién no desea adornarse con tantas perfecciones y bellezas, como Dios ha derramado entre sus elegidos? Pero solo nos podría satisfacer su posesion, si consiguiéramos hacerlas nuestras sin destruir nuestra unidad, si las sintiéramos nacer en nosotros, apropiadas á nuestras cualidades y pensamientos; que únicamente se aprecia la idea que brota de muy adentro, y el trabajo que nos ha costado más gotas de sudor.

¿Qué amor más puro, que virtud más respetada, que conjunto de cualidades no admiramos en el alma de nuestra madre? Pues bien, ni aun con esta cambiaríamos nuestra alma; que no queremos perder para siempre sus caricias y destruir con un amor que nos dió tantas felicidades el culto religioso y sin mancha que ha de tributarla nuestro corazón en tanto no cese de latir.

El amor á nuestro yo, á nuestra identidad, es el lazo que une nuestra vida con lo desconocido; es la sávia misteriosa que alimenta nuestra esperanza; es la única flor que no se marchita; el principal vestigio de lo imperecedero; que es imposible se destruya la unidad espiritual, cuando la ciencia nos demuestra que hasta la sustancia material, se trasforma, pero no se aniquila.

Escrito y sancionado está el amor á nuestra personalidad en las consoladoras y eternas frases en que están condensados todos los preceptos del Decálogo: «y ama ama al prójimo como á ti mismo.» Divinas palabras que vienen á demostrar el legítimo cariño, que el hombre tiene á su yo y que tan lejos se halla del amor propio, del egoísmo y de todas las mundanas pasiones, que el mismo Dios cree suficiente, que el amor á nuestros hermanos sea igual al que nos profesamos á nosotros mismos.

Si siempre se aspira á lo perfecto, si siempre buscamos en el objeto de nuestra adoracion la

bondad y la belleza, claro es que el amor á nuestra personalidad ha de conducirnos al bien, con el deseo de perfeccionar nuestra alma.

En este sentido, el que se ama más á sí mismo extiende este amor á sus semejantes y se sacrifica por los demás, seguro de que la generosidad de su alma ha de aumentar sus perfecciones, y ha de proporcionarle ese placer puro é íntimo que resulta de llevar á cabo una obra meritoria, que aunque no obtenga inmediata ni conocida recompensa, quedará unida á su sér, como el calor va unido á la luz.

Luis Fernández Vior.

PASATIEMPO BURLESCO.

LOS PIÉS.

No puede darse artículo más humilde.

Si bien es cierto que tampoco merece menos la persona á quien va dirigido.

¿No es cierto, querida lectora?

Estoy cansado de contar al lector millares de cosas sin que éste se digne responderme por cumplimiento.

Y cuidado que he sido franco con él, desde el primer día en que tuve el singular placer de dirigirle la palabra.

Cualquier frase, idea ó pensamiento que se me ocurre, es el lector el primero que lo sabe, y le he abierto mi corazón con entera libertad.

Veremos si la lectora es más amable.

Por eso voy á hablar de los pies con toda humildad.

No quisiera, sin embargo, que el artículo saliera escrito con los pies.

Porque los pies escriben muy mal, aunque sean bonitos y pequeños y breves.

Los pies se suelen dibujar en la arena ó en la nieve.

Por lo que veo que, aunque está mal hecho lo que se hace con los pies, estos han recibido una educación esmerada puesto que han aprendido dibujo.

Lo que aplaudimos en la mujer, lo censuramos en los pies: me refiero al trabajo.

¿Cómo nos escita la risa unos pies que al tiempo de andar van haciendo calceta!

Y si unos pies principian á hacer calceta en su juventud, la sigue haciendo toda su vida.

Por el pié se conoce á todo el mundo.

Querida lectora, cuando sienta V. venir tras de sí, por la acera, un ruido de tachuelas, sordo y prolongado, se aparta V. con miedo y deja pasar aquellos pies puestos en relacion directa con el calzado, sin la intervencion del calcetín, despidiendo perfumadas esencias que se evaporan por entre unas cuclilladas abiertas graciosamente en el borceguí.

Aquellos son los pies de un aguador que recorre las calles de Madrid haciendo un favor al Ayuntamiento, porque apisonan el empedrado.

Cuando ve V. aparecer debajo de un vestido de percal almidonado, una bota de seda azul respunteada de blanco, yo sé muy bien que un vivo carmin colorea sus megillas y siente compasion por aquí sér desgraciado.

Por supuesto que estamos hablando sin llamar á las cosas por su verdadero nombre.

Yo digo que me gustan los pies de mi querida lectora y lo que me gusta son sus zapatos.

No se incomode Vd. por esto, señora, porque bien sabe Dios que yo no soy de aquellos á quienes se les dá el pié, y se toman la mano.

Pero hay pies que dan pié para cualquier cosa.

Los pies sirven para mucho y los pies no sirven para nada.

El cesante que desea entrar en un Ministerio exclama siempre para que le oiga todo el que le quiere oír.—Lo que yo pretendo es meter la cabeza y luego.....

Luego le servirán los pies para despachar expedientes.

Esto que parece tan difícil á primera vista es lo más sencillo del mundo.

Lo hacen generalmente las personas de ménos talento.

Lo mismo que *hablar por los codos*.

Todo es ponerse á ello.

Los pies que reportan un beneficio grande al individuo son aquellos que *se ponen en pared*.

Esto sí que ofrece grandes dificultades.

No todos pueden llevar á cabo este difícil ejercicio.

Pregúntesele Vd. á un ministro cuando pierde una votacion.

Perdió porque no pudo poner pies en pared.

¿Dónde estará el pueblo de *Polvorosa* que es la salvacion de todo el que se halla apurado?

En *poniendo piés en Polvorosa* ya ningun hombre tiene miedo de que le suceda ninguna desgracia.

¿Cuánta gente perdida debe haber en ese pueblo!

Todo el que comete un robo, un asesinato, un delito cualquiera, lo primero que hace es poner pies en Polvorosa, y luego venga lo que viniere.

Una observacion.

Si quiere una persona ver correr á sus pies, no tiene más que hacerles una pregunta: pregunta que no contestan, pero que oír y salir de estampía por esas calles es todo una misma cosa.

Piés, ¿para qué os quiero?

Lo tengo visto mil veces: en cuanto pronuncio esta frase hecho á correr como un endemoniado.

¿Que felices son los que *nacen de pié!*

Hé aquí una cosa que no comprendo: cómo puede entrar con *mal pié* en un sitio una mujer que tiene los dos extremadamente bonitos.

El pié más necesario para un periódico, segun la ley, es el *pié de imprenta*.

¿Que afán tienen todos los escribientes de copiar los escritos *al pié de la letra!*

Los pies son necesarios en alto grado á las bailarinas y á los toreros.

Estos dicen de un toro que corre mucho, que *tiene muchos piés*.

¡Oh, ya lo creo! Hay diestro que cuando está cerca del bicho cree que tiene al lado una ganadería completa.

Los pies son la desesperacion de las personas siguientes en las ocasiones que á continuacion se citan.

De los cómicos aficionados cuando hacen un drama.

De las mujeres bonitas cuando se suben á una escalera.

De los muchachos cuando ven saltar un arroyo á las mujeres mencionadas *ut supra*.

Del elegante cuando en un día de sol, ve aparecer en el centro de su zapato una descarada mancha de barro.

Y por último, del autor de este artículo cuando observa que sus botas están de buen humor, y se ríen con estemporánea alegría, y sueltan á cada movimiento una estrepitosa carcajada, cuyo eco terrible se pierde en el fondo de su bolsillo.

No hay nada más tiste que la risa de las botas.

El zapatero no debe incomodarse si le decimos que anda en cuatro pies, porque en eso precisamente estriba su fortuna.

Pero tampoco está mal dicho lo de que no come por los pies.

El vino posee propiedades especiales y raras.

Cuando el hombre abusa de la bebida y se pone de aquella manera, se le van los pies, la cabeza, las manos y la lengua, dejando de ser hombre, y pasando al estado de cosa.

Es una cosa *sin piés ni cabeza*.

Los pies llevan siempre consigo su pequeño jardín: llevan dos plantas, y ¡ay de aquel cuyas plantas sean odoríferas!

Los pies que más duran han de ser *los piés de plomo*.

Ellos son los únicos que están libres de callos, juanetes y berrugas. Con unos pies semejantes puede uno meterse en apreturas sin temor á que le pisen y con la seguridad de que le han de abrir paso.

Aunque bien mirado el que *anda con piés de plomo* es el que huye el alboroto y la algarazara.

A ningun torero se le puede recomendar que use esta clase de piés.

Pobre de aquellos que andan en un pié, porque, ó son cojos ó sufren la férula de algun superior despótico.

Cuando mis pies corren mucho no hay nadie que los sepa parar como una mujer.

La mujer, en esto, tiene un gran tino.

Con una palabra, con una mirada, *le pára los piés* á cualquiera.

La cama tiene más piés de lo que parece.

Además de los cuatro de hierro ó de madera que la sustentan, se cuentan generalmente otros dos invisibles, que son lo que llamamos *los piés de la cama*.

Esto se dice para designar la parte opuesta á la cabecera, pero está mal dicho: allí no hay tales piés.

Solamente existen al acostarse el individuo, y entonces no son de la cama, sino que siguen siendo del individuo.

La prueba es que cuando se levanta se los lleva.

Hay piés que producen mucho dinero, como el *pié de altar*.

Es un pié á quien yo quisiera meterle mano.

Las bolas y los piés tienen la cualidad de arreglarlo todo. Así decimos: esto ha venido *pié con bola*, exactamente, á medida de nuestro deseo.

El pié más importante es el *pié de paliza*.

Uno recibí yo al pié de cierta ventana, que me llenó de cardenales de piés á cabeza.

Y termino con esto, querida lectora.

A los piés de usted.

Carlos Cambrero.

Publicamos á continuacion los siguientes versos, cuya insercion se nos ruega:

Á EMILIO CASTELAR.

EL TRIBUNO. (1)

Vedle... Allí está, sobre su altiva frente

brilla la inspiracion, en su mirada noble, resplandeciente,

refléjase del Genio el poderío con su llama sagrada.

La Cámara en aquel mismo momento apaga sus rumores temerosa

de perder una nota, un pensamiento de su gran orador. Su voz hermosa,

potente, vigorosa, llena de fuego y de sublime encanto

se estiende por la bóveda sonora, y sus ideas gigantes

envueltas en su frase embriagadora resbalan por su mente soñadora

cual cascada de perlas y brillantes. Entonces, como en un mágico ensueño,

pasan por nuestros ojos deslumbrados los hombres que ayer fueron

admiracion del mundo, y que hoy la historia juzga imparcial, guardando su memoria

por lo que al orbe un día engrandecieron. Y como arrebatados

por furioso huracan, en torbellino pasan pueblos, naciones,

ejércitos, legiones, héroes, sábios, guerreros,

mártires, caballeros, grandes tribunos, poetas inmortales,

cuanto la ciencia crea en su insondable abismo

desde Descartes mártir de sí mismo, hasta Espinosa mártir de su idea,

todo el cielo que envuelve el pensamiento, el crimen, el honor y el sentimiento.

Sí, Emilio, tu discurso inimitable en más de treinta idiomas traducido,

durará lo que el habla castellana, rico tesoro para tí escogido,

que es tu frase galana luz que esparce en el mundo resplandores,

como aurora que en límpida mañana disipa de las nieblas los horrores,

porque eres, con tus cantos inmortales, gloria de nuestras glorias nacionales.

Vicente de la Cruz.

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS.

RECUERDOS DE ITALIA, por Emilio Castelar. (Segunda parte.)

Poseidos de asombro y admiracion, tomamos la pluma, no para juzgar, que fuera osada empresa en nosotros, si que para transmitir á nuestros lectores las impresiones que la última creacion del eminente orador, honra y orgullo de la patria, ha producido en nuestro ánimo.

Cuando la intransigencia de escuela, el vano formalismo de secta ó la cómoda frivolidad de esa indiferencia enmascarada de tolerancia y peculiar de los espíritus veleidosos, todas las esferas invade,

todas las corrompe y á todas lleva su hábito envanecido, ¡qué placer no causa al ánimo saborear el vigor de la creencia, la magnitud de la idea, los extensos y múltiples horizontes abiertos al espíritu por los pensamientos levantados y generosos de tan eminente pensador!

No estaria bien, ni por la índole de nuestra publicacion, ni por el carácter de la obra que nos ocupa, detenernos á hablar del hombre político; pero

si, en la serena region de la idealidad purísima, es justo maravillarse de la piedad, primero y mas sagrado deber del publicista, que hácia todos los ideales humanos resplandeca en esta obra.

Respecto del hombre de Estado nos declaramos incompetentes para emitir juicio alguno: es más, creemos incapacitada para ello á esta generacion. Las pasiones de la vida pública, las ambiciones y los odios, de un lado; de otro el fanatismo, degeneracion del asombro, tributo exagerado de la admiracion, todo lo oscurecen ó lo mancillan. Arnaldo de Brescia, soñador de la unidad italiana, era para sus contemporáneos no más que un herege; Maquiavelo, cronista corrompido y corruptor de todos los crímenes de la Edad Media, ha pasado como eminente político á la posteridad; Savonarola sólo era un visionario para Alejandro VI; y ha habido defensores pertinaces de aquella teocracia que, segun la leyenda, inspiró á Rafael la idea de pintar en el rostro de San Pedro el rubor encendido en su semblante por la vergüenza de los crímenes del Vaticano.

Alejado del poder, apartado del mando, fuera hoy ocasion propicia para encarecer los méritos del gran orador ó agigantar sus defectos; pero ni la serenidad necesaria á la crítica, ni la ocasion, ni la hidalguía, ni nuestras ideas consenten semejante derecho á nuestra pluma.

Permite en cambio la índole del notabilísimo trabajo que nos ocupa, hablar del artista, del pensador, del hombre elocuente, con la detencion posible.

Permite sí, afirmar, en presencia del espíritu sinceramente religioso, de la fe en el progreso, de la esperanza en la realizacion de las más sagradas ideas, que alienta en las páginas que acabamos de leer, afirmar una vez más, cuán errados andan los que sostienen, como posible, el divorcio de la idea y de la palabra, suposicion muy en voga entre los críticos superficiales, que ha permitido se extienda y propague la absurda afirmacion de que existe la forma sin el fondo, y de que este imaginario defecto empuje las creaciones de Castelar.

Un eminente historiador contemporáneo, amante del consorcio divino de la verdad y la belleza en la palabra, quejándose de que se le dirigiera imputacion semejante por sus compatriotas, y, dudando de que hubiera logrado tan difícil intento, afirmaba con razon que el arte recibe honra—y dignidad la ciencia—cuando aquél engalana á esta con sus ricas y espléndidas preseas.

Caso semejante se repite con frecuencia, por el vulgo, al tratarse de los discursos y producciones de Emilio Castelar; caso natural, pues no es dado facilmente al espíritu ligero, acostumbreado al miserable manjar de la frivolidad, penetrar y saborear á la vez los encantos de la fantasía y las elucubraciones de la inteligencia, y ménos cuando ambas son tan vigorosas y potentes y en armonía tan difícil adunadas.

En medio á las miserias del hombre, viven, se desarrollan y progresan, las esperanzas de las generaciones y, cualquiera que sea el juicio de la posteridad, los intentos, al ménos, del aplaudido tribuno, han de ser reconocidos con asombro y aplauso en el porvenir, so pena de que el progreso fuera absurda mentira y pudiera trastornarse el juicio de la futura edad.

No esperéis al hojear esta obra encontrar las diatribas vulgares de los espíritus apasionados, contra los dogmas católicos, no; Castelar ha penetrado bajo las bóvedas de las catedrales cristianas, ha sentido en su alma el hábito del misticismo de la Edad Media, y en las criptas de sus tumbas y en los semblantes de las estatuas yacentes y en las penumbras, medio desvanecidas por la lámpara del santuario, su genio ha encontrado la santidad de las creencias de las generaciones muertas, ha reconocido que no hay ideas estériles para el progreso humano, ha venerado los sentimientos de ayer, los ha comparado á los de hoy, ha reconocido que ellos salvaron á la humanidad en solemnes épocas de dolorosa angustia, los ha tributado su admiracion y, guiado por errada ó atinada senda, pero siempre por una tolerancia de ángel, por una experiencia que solo se adquiere cuando la Historia nos hace vivir con todas las edades y todos los pueblos, por una esperanza exclusiva propiedad de los espíritus serios y por una fe que solo obtiene la verdadera conviccion; de su pluma, de su inteligencia y de su alma, solo brotan consuelos, jamás el sarcasmo, estéril atributo del alma árida para el bien y la verdad, miópe ante la belleza.

Cuando se atribuyen cualidades de pensadores á espíritus que solo tienen la duda como medio de accion, la demolicion de todas las grandezas del pensamiento humano como fin, y la aparatosa va-

(1) Composicion hecha con motivo de su discurso del 9 de Mayo de 1876.

nidad de una embrollada dialéctica por objeto; cuando Darwin, Lamark, Comte y Renan aun reciben aplausos, en pago de la ponzoña que han vertido en tantos ánimos; cuando el desprecio de las bellezas del arte ó la indiferencia combaten la moderna civilización; cuando obtiene éxito el excepcionalismo miserable que solo ofrece el deleite epicúreo y un anatema á toda esperanza, si ésta tiende á ensanchar los horizontes de la vida de la humanidad, é ilumina, con destellos irresistibles, la existencia de ultra tumba; el génio y el pensamiento de este eminentísimo escritor, no pueden prestar homenaje más útil, más grande ni más bello á la civilización y á la ciencia.

Porque, juzgue como quiera el político las obras de su pluma, Castelar, que eleva un himno á la existencia de San Francisco de Asís; que venera al pontificado con todo el respeto de una inteligencia honrada y generosa; que cuenta una á una las lágrimas con que el Tasso fertilizó su inmortalidad; que cree en la redención de todas las servidumbres, en la exaltación de todos los principios, en la eficacia de todos los esfuerzos levantados; se manifiesta en esta obra algo más que como hombre de Estado, y que como orador, y que como artista: manifiéstase pensador en grado sumo.

A todas las cuestiones palpitantes, á todos los problemas de la moderna edad dedica un pensamiento, pensamiento que tiene, al menos, la profundidad de todo lo que fortalece y vivifica las aspiraciones de las almas grandes, de todo lo que satura al espíritu de las miserias de la vida, de todo lo que revela la creencia bellísima y sagrada en Dios, en el Alma y en el Progreso.

Si la humanidad no es un conjunto de seres destinados á perderse en estéril existencia automática; si la civilización, reveladora augusta de la Providencia en la historia, no es una quimera; si todos los ideales del alma humana, no son vanos delirios de una loca ambición; si la Ciencia y el Arte y la Moral, no son palabras vacías de sentido; la última producción de Castelar, notable entre las notables creaciones contemporáneas de la Literatura; es un monumento digno de la admiración y del aplauso de todas las inteligencias honradas y de todos los espíritus serios.

En ella la fantasía no oscurece la verdad; ni la pasión mancilla la pureza del juicio, ni la incredulidad escarnea al ánimo, ni la dialéctica tiende al pomposo alarde de escrutadora de contradicciones. Escrita para fortalecer el ánimo de los abatidos y las creencias de los generosos, ella es ejemplo elocuentísimo de lo que vale el génio puesto al servicio de la idea.

Discutir las teorías del político, es aquí inoportuno; pero no tanto como algunos puedan creerlo es asimismo la afirmación de la profundidad de pensamiento que en la segunda parte de *Los Recuerdos de Italia* resplandece.

Algo pudieran aprender en sus páginas los espíritus soberbios que tan enconadamente combaten en pró de las ideas de sus respectivas escuelas; y—á meditar su contenido detenidamente—no osara la ligereza de los frívolos, mantener las afirmaciones que dejamos refutadas.

Si fuera hacedero preguntar á la hormiga por la existencia del águila, es fácil que la negara en el momento mismo en que el ala de las reina de las aves cubriera de sombra su granero.

ROLLA.—Poema de *Alfredo Musset*, traducido por *A. R. Chaves*, y editado por la *Biblioteca de la España Literaria*.

Lo que acabamos de manifestar respecto á la notabilísima obra de D. Emilio Castelar, enlázase con la creación á que vamos á dedicar unas cuantas líneas.

Poeta notabilísimo, de imaginación esquisita, la excesiva ternura del corazón de Musset llena su alma de duda y excéptica desesperación, y su doliente musa es adulterio constante de lágrimas y carcajadas.

Alfredo Musset pertenece á esa generación de poetas que empieza en Byron y vá perdiéndose, por fortuna, en mando de sus pomposos y afectados imitadores.

Goethe, Heine, Espronceda figuran en la maravillosa pléyade de estos genios sombríos: Musset, émulo, no de los más afortunados, de su grandeza, se alza á su altura por el dolor. Lamartine, en uno de sus más bellos arranques de lirismo le invitó á no proseguir en tan peligroso camino; pero la invitación fué estéril y Musset pereció, víctima de sus propias horribles amarguras, amarguras que recuerdan las del Tasso, descritas con tan profunda elocuencia por Castelar, en la obra de que antes hablamos.

El poema, en cuestión, es bellísimo, pero nuestro colaborador, Sr. Chaves, no debe ofenderse si

le decimos que en esta traducción concienzuda, no se vé el esmero que en *Oscar de Alba* y en *El Manfredo*, también por él traducidos, se observan. *Rollarq* es una de las más notables producciones de la literatura francesa contemporánea.

José Miralles y Gonzalez.

La Real Academia Española acordó el día 26 que se considerase presente en las sesiones públicas y ordinarias al Excmo. Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch, siempre que este Académico no pudiera concurrir á ellas por falta de salud. Celebramos la distinción otorgada al ilustre poeta, á quien tanto deben las letras españolas. Galardon merecido, y que en su tiempo se concedió también á D. Manuel Breton de los Herreros y D. Ventura de la Vega.

PÁRRAFOS SUELTOS.

Hallábase yo hace algunos años en la capital del vecino reino portugués, y leía todas las mañanas alguno de los ilustrados periódicos que en la culta Lisboa se publican. Un día, al pasar la vista por la sección extranjera, buscando con natural curiosidad noticias de mi país, lei con indiscrepible espanto las siguientes líneas, que dejo en portugués para que se comprenda mejor mi sobresalto.

«Reventou, por fin, decía el diario, *reventou fin em Hespanha á tremenda conspiração*», olvidando la propiedad superlativa del lenguaje de nuestros vecinos, me sobrecoji de espanto. «A tremenda conspiração», volvía á leer, y esta frase que repetía en voz alta, me hizo creer que estaría convertida en inmensa hoguera la infeliz España. Corrí á la embajada, y parecía que siempre veían mis ojos letreros que repetían *á tremenda conspiração*, y estas palabras resonaban aterradoras en mi oído; pero en las oficinas de nuestra representación diplomática supe la verdad: todo estaba reducido no sé si á una partida en Despeñaperros, á un grito sedicioso en Navarra, ó á un motín sobre consumos en cualquier pueblo, y á un hecho, en fin, de esos que son aquí tan frecuentes. Volvíome, según generalmente se dice el alma al cuerpo, y quedé tranquilo, no sin lanzar algunas inercapaciones contra la exageración de los que llaman á cualquier cosa *conspiração tremenda*.

Algo parecido á la que me sucedió en Lisboa, me aconteció el lunes cuando, al abandonar, si no las ociosas plumas, los duros vellones del perezoso lecho, comencé á escuchar las noticias que circulaban: pero no llegó el sol á mitad de su cotidiana carrera, sin que recobrarse la calma, como ya la habrán recobrado los lectores, si es que al principio se asustaron.

¡Mal hayan esas contiendas políticas que tanto daño nos causan! No se habla nunca de ellas sin que recuerde lo que pasó en una capital de Andalucía.

Era día de bulla y de jarana. Un hombre del pueblo, de cana cabeza y simpático rostro, se situaba en una esquina teniendo entre sus manos un viejo y mal montado fusil: movíome á compasión y le exhorté á que se retirase; y como no accedía, yo le pregunté que por qué quería batirse.

—¿Yo?—me respondió como asombrado de la pregunta.—¿Yo? Contra los viles.

—¿Y quién son esos?—le repliqué.

—¡Toma!—replicó encogiéndose de hombros y terciando el fusil.—¡los viles!

No pude disuadirle de su propósito. Al poco rato llegó la tropa, vió al pobre hombre en actitud hostil, no contestó al *¡quién vive!* sino echándose el desmantelado fusil á la cara, y disparando un tiro, al que contestaron varios, y bien pronto rodó por el suelo bañado en sangre el pobre anciano; cuyo último grito fué ¡muera los viles!

¡Pobre hombre, verdadera imagen del pueblo, que sin reflexión suele acudir allí donde le llaman!

No sé si estaría muy lejos de la esquina donde murió el anciano la casa en que se repartían carteras los iniciadores del motín, que, una vez sofocado, se pusieron en salvo, como acontece siempre.

El recuerdo de esta escena lo guardo unido al de otra también de tiempos de revueltas y asonadas.

Había triunfado una conspiración. Grupos numerosos recorrían las calles entonando himnos patrióticos, los vencidos se ocultaban unos, y preparaban, como es muy frecuente otros, el cambio uniéndose á los vencedores; todo era, pues, alegría, no sé si real ó aparente.

En medio de la algazara sorprendíome el asustado aspecto de una vieja mendiga que huía azorada al apereibir un grupo.

—¿Qué teme, Vd., buena mujer?—la dije.

—¡Ay, señor!—me respondió algo repuesta

al ver mi tranquilo aspecto.—Es que van á repartir los bienes.

—¿Y tiene Vd. muchos?

—Yo,—dijo,—yo, ninguno. Pido limosna.

No dejó de sorprenderme su espanto, cuando, si se realizaba su temor, podía ganar, pero perder nunca; y recordando al viejo de que hablé antes, volví á repetir: ¡así es el pueblo, no puede desechar nunca sus preocupaciones, sean las que quieran!

No sé si por esto hará siempre el papel de Cristo.

Pero dejemos este asunto, aunque no hallemos por de pronto otro más agradable.

¡Terrible era el espectáculo que ofrecía el cuartel de San Gil el jueves, después de que atonadora explosión conmovió sus cimientos. Soldados que se revolcaban en rojiza y humeante sangre, cuerpos mutilados, miembros separados de sus troncos, ayes que conturbaban el espíritu; esto se escuchaba y se veía en aquella casa, donde resonaban poco antes los alegres sonidos de la diana y el festivo eco de cantares de los mismos quizá que yacían sin aliento.

¡Infelices! Salieron llenos de juventud y vida de sus hogares á cumplir el sagrado deber de que nadie que sea honrado puede excusarse, el de servir á su patria, y habían muerto, no en el campo de batalla teniendo á la vista su bandera, sino víctimas de imprevista desgracia, de lamentable accidente.

¡Dios dé paz á los muertos y resignación á los heridos!

Hemos visto á estos últimos, rodeados de exquisitos cuidados, asistidos con esmero, experimentando los adelantos de la ciencia de curar, ejercida por sabios profesores y hemos sentido algún consuelo.

¡Bien ganan con su resignación la honrosa cruz que cubrirá sus heridas, no menos gloriosas que si procedieran del campo de batalla, que cumpliendo con su deber estaban cuando las recibieron.

Contristado el ánimo por estas desgracias apenas puede pasar á ocuparse de asuntos más amenos. Pero ¡ay! que estas Crónicas tienen que reflejar todas las emociones que se experimentan en una semana, y no en una semana, en un día sino bien diferentes las que sufrimos.

La risa y el llanto van constantemente unidos, las esperanzas que mueren se confunden con las ilusiones que nacen, como las hojas secas que al pié del árbol dejó olvidado el viento del otoño con la flor que desprende de las verdes ramas la brisa de la primavera.

Todos los periódicos que daban cuenta de la catástrofe del cuartel de San Gil, consignaban en otras líneas aplausos para Cepillo, que ha interpretado de una manera magistral el tipo del inglés en la obra *Un inglés y un vizcaino*. Todos también se complacían en añadir nuevos flores á la corona artística de Tamberlick, que ha estado, como siempre, sublime en el *Guillermo*.

Cepillo es un verdadero artista dramático; solo con génio se puede desempeñar un papel de la manera que lo ha hecho en la obra representada últimamente en el teatro Español. En los menores detalles del traje, en los menores accidentes del tipo, se veía retratado exactamente el personaje que quiso presentar el escritor.

Tamberlick, tan inspirado como siempre en el terceto. No parece voz humana aquella que es clama *¡a non più la vededó!* parece el acento mismo del dolor y de la melancolía.

Dicen algunos que este artista es una ruina, y es verdad, que los años no pasan en balde; pero si es ruina es verdad que es ruina de *beau reste*; ruinas de esas que hablan al alma con inspirados acentos.

¡Cuántas ruinas hay que son mejor que edificios, que no han sufrido los rigores del tiempo! No sé por qué me acuerdo ahora de Ordinas. Parece que le robaron días pasados el reloj y la cadena, y yo creo que lo recuerda siempre que sale á escena, según los gritos que dá y los desmanes de desesperación que hace aunque tenga que decir en el *Barbero*: *Buona sera, mio signore*.

—¿A que no saben Vds. en qué se parece este hombre á Selva?—preguntaba un *dilettanti* en la altura del paraíso.

—En nada;—contestaron en coro todos los que le oyeron.

Y yo me quedé con ganas de saber la solución del final, porque el que lo propuso calló ante la unanimidad de la respuesta.

Esta semana pasada se ha presentado en la Opera una nueva cantante, la señorita Baillon de Marinoni, que cantó la parte de Rosina en el *Barbero*.

Cada vez que se escucha parece más nueva, más fresca, más brillante la inmortal partitura de Rossini. La nueva cantante obtuvo desde las primeras notas las simpatías del público. Es indudable que sabe cantar, y su voz es agradable,

y luego que dado el personal que ha presentado el Sr. Robles se puede repetir aquello de: en tierra de ciegos...

A propósito del *Barbero*: ¡qué me dice V. del escote de la señorita de Baillon en el traje de maja y del bigote de Boccolini, vestido de andaluz!

Es costumbre dispensar la impropiedad en la representación de las óperas; pero cuando la escena pasa en España, no estaría de más un poco de verdad, siquiera en los trajes.

Lo que no ha logrado este año ningún empresario, lo ha conseguido la caridad. Matilde Díez salió á escena anoche en el teatro de Novedades, desempeñando el papel de la aragonesa *señal Marta* en la obra *Por derecho de conquista*, representada en dicho coliseo, á beneficio de una casa de socorro.

Decir que estuvo admirable, será repetir una noticia que puede competir por lo vieja con cualquiera de *La Correspondencia*.

Don Juan Tenorio espera ya entre los bastidores de nuestros teatros á que el clamoreo de las campanas que doblan por los difuntos le anuncien la hora de salir á escena.

En el Español será Don Juan Tenorio, Vico; Doña Inés, Elisa Boldum.

El público estará como los protagonistas del drama en la última escena. En la gloria.

El Circo, alterando la tradición, en vez de representar el drama del poeta moderno, se eleva al origen y pondrá en escena *El convidado de piedra*, de Tirso.

Buena es la idea: ¡ojalá le iguale la ejecución!

Y á propósito de ejecuciones. Yo creí que no volvería á ser teatro de ellas la plaza de la Cebada.

Peró ¡ay! mucho me temo que haga en Novedades este año Casañer el *Don Juan*.

Pp.

CHARADA.

¡A tres prima el caballero
del enlutado crestón,
que embraza la adarga, y fiero
sobre un corcéal ligero
cabalga? Su corazon
roto en menudos pedazos,
lleva por mano traidora
á quien le unen fuertes lazos,
que en medio de sus abrazos
llegó á ofenderle en mal hora.

Cual si el bruto comprendiera
de su dueño el pensamiento,
salta prima dos tercera,
y segunda tras primera
ve rtiginoso, violento:
más temiendo algun revés
que sobreviniera acaso,
de pronto parar le véis
al entrar en prima tres
que amengua su fugaz paso.
Llega por fin jadeante
al todo de la charada,
y entra en la cuarta al instante
con el ginete arrogante
que lleva su diestra armada.

Con inmensa gritería
aplaude aquel pueblo entero
la valerosa porfía,
y ve morir en un día
al caballo y caballero.

Inocente Benavente.

Solución á la anterior: CISNEROS.

ADVERTENCIA.

Como los artículos y demás trabajos que ha de publicar este periódico llevarán siempre la firma de sus autores, la REDACCIÓN deja á los mismos la responsabilidad de las ideas que sustenten.

No se devuelven los originales de las composiciones que se nos remitan para su inserción.

MADRID: 1876.—ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO, dirigido por J. C. Conde, Caños, 1.